

El lugar de los objetos en la teoría estratigráfica de Edward C. Harris: reflexiones desde una habitación del Valle de Ambato, Argentina

Marcos R. Gastaldi

Recibido 14 de marzo 2011. Aceptado 16 de mayo 2011

RESUMEN

En este trabajo evaluamos las potencialidades y límites de la teoría estratigráfica de Edward C. Harris, para desarrollar estudios sobre los objetos arqueológicos en los que se pretenda comprender las prácticas sociales concretas en las que estos habrían estado involucrados en los lugares donde fueron utilizados. Tomamos un caso específico de análisis: la excavación de una habitación del sitio Piedras Blancas, Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. Teniendo en cuenta los principios de estratigrafía arqueológica, realizamos un análisis reflexivo de las tomas de decisión en el campo con respecto a la definición de las unidades estratigráficas y su vinculación con objetos específicos hallados en el lugar. Esto nos permite: a) replantear el lugar marginal ocupado por los objetos en la teoría de Harris; b) evaluar la importancia de las unidades interfaciales e interfaces de período propuestas por el autor para aprehender otros tipos de relaciones –además de las estratigráficas– que permiten integrar a los objetos en áreas de actividades prácticas específicas y; c) realizar una reflexión crítica sobre las relaciones que se producen entre teoría y práctica en todo trabajo de excavación arqueológica.

Palabras clave: Estratigrafía arqueológica; Matriz de Harris; Objetos arqueológicos; Prácticas sociales.

ABSTRACT

THE PLACE OF OBJECTS IN THE STRATIGRAPHIC THEORY OF EDWARD C. HARRIS: REFLECTIONS FROM A HABITATION IN THE AMBATO VALLEY, ARGENTINA. In this paper, the potential and limitations of Edward C. Harris' stratigraphic theory are evaluated in relation to the development of studies of archaeological objects that approach the understanding of specific social practices in which such objects were involved at the places they were used. The analysis is applied to a specific case, the excavation of a habitation at Piedras Blancas site, Ambato valley, Catamarca, Argentina. Bearing in mind the principles of archaeological stratigraphy, a reflexive analysis of decision making in the field about the definition of the different stratigraphic units and their relation to specific objects found at the site was carried out. Consequently, this paper: a) rethinks the marginal place occupied by objects in Harris' theory; b) assesses the importance of the interfaces and period interfaces suggested by the author in observing other types of relationships –not only the stratigraphic– thus enabling the integration of objects in specific areas; and c) reflects critically on the relations between theory and practice in all excavation work.

Keywords: Archaeological stratigraphy; Harris's matrix; Archaeological object; Social practice.

Marcos R. Gastaldi. Museo de Antropología. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Av. Hipólito Irigoyen 174, E-mail: mrgastaldi@yahoo.com.ar

INTRODUCCIÓN

La pregunta que guía este trabajo es ¿cuál es el lugar que ocupan los objetos en la interpretación de la estratigrafía de un sitio arqueológico? Dicho interrogante comenzó a tomar cuerpo en el mismo campo, durante la excavación de un sitio de habitación en el Valle de Ambato en la provincia argentina de Catamarca –sitio Piedras Blancas, Recinto F (Figura 1)–, donde, siguiendo los principios propuesto por E. C. Harris (1991), pretendíamos “reconstruir” la estratigrafía arqueológica de la habitación. Quien conozca la propuesta de este autor podría preguntarse el porqué de dicho interrogante, siendo que Harris les otorga a los objetos un lugar determinado con límites bien precisos. La misma persona podría invocar la palabra de Harris para precisar ese lugar diciendo que el establecimiento de la secuencia estratigráfica de un yacimiento se realiza sin referencia alguna al material que contiene, y que los análisis artefactuales no pueden cambiar las relaciones estratigráficas en tales secuencias, con lo cual nosotros acordaríamos completamente. Además, podría agregar que en palabras de Harris: “el análisis de los restos aparecidos en una excavación debe basarse en la secuencia estratigráfica del yacimiento ya que ésta muestra la posición relativa en la que fueron hallados (Harris 1991: 165). Esta persona, a su vez, podría señalar que para este autor: “el objetivo principal de todo estudio artefactual es proporcionar una datación a cada estrato y elemento individual [y que] sin los hitos cronológicos que nos proporcionan los artefactos, la secuencia estratigráfica de los yacimientos arqueológicos carecerían de valor histórico cultural (Harris 1991: 176); con lo cual nosotros también acordaríamos. Entonces, esa misma

persona, una vez delimitado el lugar, y advirtiendo nuestra conformidad sobre lo dicho en la cita, volvería a cuestionarnos el porqué de preguntarnos aún por el lugar que ocupan los objetos en la interpretación de la estratigrafía de un sitio arqueológico, específicamente haciendo referencia a la propuesta de Harris.

Para aclarar esta pregunta, vamos a describir la manera en que dicho interrogante fue corporizándose como un problema que debía ser discutido. Esto nos lleva a situarnos en un lugar y un tiempo específicos, esto es, en la habitación mientras desarrollábamos la excavación. Pero antes de realizar este desplazamiento espacio-temporal, debemos hacer explícitos los motivos –que a su vez conforman nuestros supuestos– por los cuales decidimos utilizar los principios propuestos por Harris en la habitación que excavamos en el valle de Ambato.

SUPUESTOS QUE GUIARON LA APLICACIÓN DE LOS PRINCIPIOS DE ESTRATIGRAFÍA DE EDWARD C. HARRIS

Dos motivos principales fueron los que determinaron la utilización de la propuesta de Harris (1991): en primer lugar, suponíamos que aplicando los principios de estratigrafía arqueológica, íbamos a obtener la secuencia estratigráfica que nos permitiría resolver el interrogante sobre la existencia de dos ocupaciones en la habitación que estábamos excavando. En segundo lugar, vinculado a un plano teórico-metodológico, pretendíamos que la secuencia estratigráfica nos proporcionara un marco de interpretación que nos permitiera acercarnos a las prácticas sociales en las que los objetos hallados en el lugar se hallaban involucrados.

Motivo I: deslindar ocupaciones

En las anteriores excavaciones se habían seguido los lineamientos dados por el método de *décapage*. Concretamente, en esta habitación se habían abierto una serie de cuadrículas (Pérez Gollán *et al.* 2000) (cuadrículas MF y parte de la cuadrícula A –sector oeste– que pueden apreciarse en la Figura 2a). En la esquina noreste de la cuadrícula MF pudo observarse la aparición de los restos carbonizados de un techo y de dos vasijas enteras de grandes dimensiones completamente rotas. Una de ellas estaba aplastada por el derrumbe del techo carbonizado, mientras que la otra parecía reposar por encima de éste. Este hecho planteó

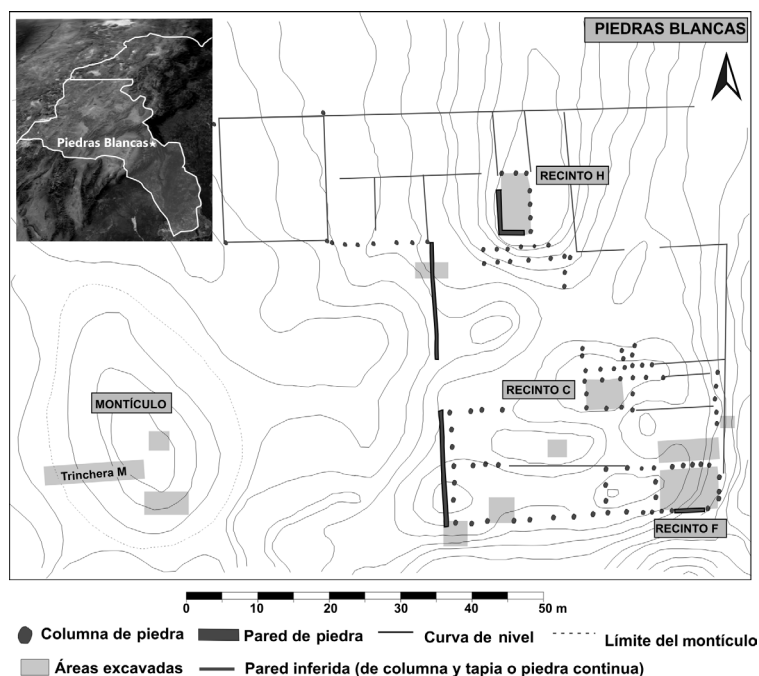


Figura 1. Plano del sitio Piedras Blancas.

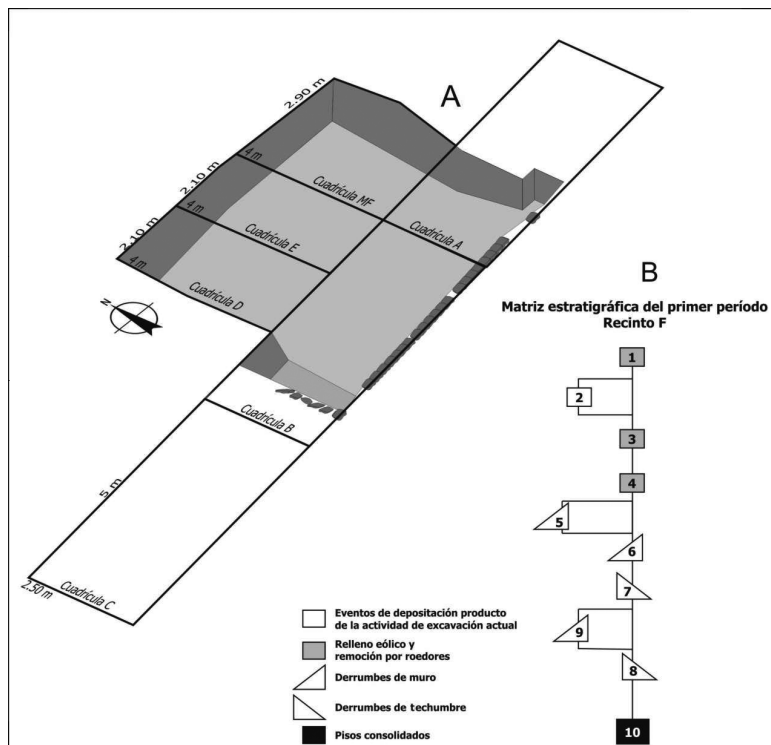


Figura 2. a) Cuadrículas definidas en el primer y segundo período de excavación; b) matriz estratigráfica reconstruida de la excavación del primer período.

una serie de preguntas vinculadas a si estos hallazgos indicaban la posibilidad de una reocupación del lugar o si simplemente indicaban que la vasija, al momento de incendiarse el techo, se hallaba apoyada sobre éste. Si pretendíamos resolver este interrogante, debíamos plantearnos la posibilidad de no seguir utilizando el método *décapage*, puesto que en éste, al privilegiarse la relación topográfica en planos –cortando la superficie en planos superpuestos– y al ser los vestigios las unidades de análisis –entre ellos, las inclusiones culturales– y no las unidades estratigráficas y sus relaciones, se limitaba la observación del proceso de formación del depósito. Por lo que, si procurábamos aclarar la existencia de dos ocupaciones, era imprescindible comenzar a obtener la secuencia de acciones que dieron forma a la estratigrafía arqueológica de la habitación.

La secuencia estratigráfica está formada por unidades estratigráficas que se consideran la unidad elemental de excavación y análisis. Estas unidades elementales, a su vez, representan una acción o un conjunto de acciones, que pueden ser naturales o culturales (Harris *et al.* 1993; Roskams 2003)¹. Estas acciones o conjunto de acciones, como unidades mínimas, se ordenan secuencialmente a través del principio estratigráfico de subyacencia o suprayacencia que permite identificar qué acción se realizó primero y cuál después (Harris 1991). Por ende, la secuencia reconstruida nos brindaría una narrativa (D'Amore 2002, 2007) de la formación de estos lugares que permitiría especificar la presencia o ausencia de sucesivas ocupaciones.

Motivo II: construir un marco interpretativo

El segundo motivo, diferente al anterior, pero de fundamental importancia para comprender el interrogante con que empezamos el trabajo, se relaciona con un interés específico: interpretar los significados sociales que los objetos tuvieron a lo largo de sus vidas, en el marco de una concepción según la cual, para conocer dichos significados, es de fundamental importancia analizarlos en relación con las prácticas sociales en las que estuvieron involucrados. Para poder acceder a estas prácticas, no sólo debíamos analizar a los objetos en sí –propiedades físicas, posibles funciones, rastros de uso, etc.–, sino que también debíamos acercarnos a los contextos donde entraban en relación con otros objetos y personas, y en cuyo marco adquirieron significados. La unidad estratigráfica nos pro-

porcionó, entonces, un concepto teórico-metodológico que nos acercaba a la categoría de práctica social tal cual se la concibe desde la teoría social contemporánea (Bourdieu 1977, 1988; Giddens 1995).

Para Harris (1991: 73) “tres factores principales determinan la acumulación de restos culturales durante el proceso de estratificación arqueológica: la superficie del terreno ya existente, las fuerzas de la naturaleza y la actividad humana”. En relación con la actividad humana, señala que:

[...] a diferencia de las fuerzas de la naturaleza como la gravedad que hace que los depósitos tiendan a la horizontalidad, o a depositarse uno sobre otro respetando los límites impuestos por la superficie anterior, los estratos antrópicos se derivan de una selección cultural: el hombre puede crear estratos a voluntad que respondan a un plan abstracto y no al devenir de la naturaleza [...] La historia de la humanidad, desde los primeros campamentos alrededor de un fuego, hasta las modernas metrópolis, es, en gran medida, la historia de la constitución de nuevas cuencas de deposición, de nuevos límites topográficos de, por así decirlo, los límites de propiedad estratigráfica (Harris 1991: 74).

Es en este punto en que se puede trazar una vinculación entre la noción de acción², más específicamente la de “actividad humana” que propone Harris (1991), y la noción de práctica social (D'Amore 2002, 2007; Gastaldi 2007; Haber 1996, 2006).

Haber (1996: 27) ha reflexionado críticamente sobre los principios de la teoría estratigráfica de Harris (1991) con el objetivo de delinear cierto marco que permitiera una interpretación cultural de ella, alejándola de su énfasis fisicalista. Estas reflexiones nos permiten especificar la relación que puede establecerse entre práctica social y unidad estratigráfica. Según el autor, tres dimensiones deben considerarse de la propuesta de Harris para acercarse a la dimensión cultural de la estratigrafía: material, realizativa e interpretativa (Haber 1996).

La dimensión material (Haber 1996: 32) se encuentra en las definiciones de las distintas unidades estratigráficas que guían la excavación y el registro³.

La dimensión realizativa hace referencia a la relación recursiva existente entre unidad estratigráfica y práctica social. Las unidades estratigráficas, sea por remoción o sumatoria de materia, llegan a constituirse en las superficies donde se desarrolla la vida social, “[...] conformando el escenario sobre el que se desarrolla la acción, dramaturgia en gran medida constituida por la forma y significado del lecho” (Haber 1996: 32). En este sentido, señala que, como manifestaciones de una acción discreta, las unidades estratigráficas permiten comprender las relaciones estratigráficas “[...] en términos de estructuración de la acción, por el escenario o marco material en el cual transcurre, y estructuración del escenario por medio de la acción” (Haber 1996: 32).

La última dimensión, la interpretativa, tiene en cuenta las relaciones entre superficie y acción en términos de la comprensión de sentido (Haber 1996: 32). Es en la intersección de los planos de interacción simbólico y material en que se presentan las relaciones entre superficie y acción; en tanto que, como señala el autor, las acciones sociales se hallan mediadas por las estructuras de significado de las cuales también forman parte los escenarios o marcos materiales; en términos de Harris, las interfaces sobre las cuales se desarrolla la vida social (Haber 1996: 32). Como señala D’Amore (2007: 106), retomando estas dimensiones la estratigrafía no sólo pasa a ser parte de la cultura material, impregnada de todo el bagaje simbólico que conlleva toda acción humana, sino que se transforma en una narrativa en la que las prácticas sociales son un elemento fundamental de estructuración de los depósitos excavados.

Las tres dimensiones traen al interior de la interpretación estratigráfica la noción de práctica social definida por la teoría de la estructuración de Giddens (1995) o por la teoría de la práctica de Bourdieu (1977). En ambas teorías, las prácticas sociales se definen como la multiplicidad de acciones que los agentes de un grupo social determinado ejecutan cotidianamente en el curso de sus vidas (Bourdieu 1997; Giddens 1995).

Estas actividades se realizan en el marco que las posibilita; esto es, deben ser entendidas en relación con las estructuras encarnadas en tradiciones y reglas sociales –*habitus* (Bourdieu 1977)–, que son no sólo el medio sino también el resultado de tales prácticas (Giddens 1995). Así, la unidad estratigráfica, producto de acciones realizadas por individuos situados en relación con determinadas estrategias y estructuras sociales, nos permitiría tomar a la secuencia estratigráfica “reconstruida” como marco interpretativo a través del cual podríamos caracterizar a los objetos en las prácticas sociales concretas donde estaban involucrados, y con ellas, acercarnos a los significados que estos tuvieron en un determinado momento.

Explicitados de esta forma los supuestos y motivos con los cuales comenzamos el trabajo, ubiquémonos en la habitación en el momento de su excavación, a fin de describir la forma en que el interrogante planteado al comienzo fue tomando cuerpo y los senderos de reflexión que nos trazaron las decisiones que fuimos tomando durante el proceso de excavación.

DURANTE LA EXCAVACIÓN...

Luego de la primera intervención, en la que se siguió el método de *décapage*, se continuaron las excavaciones en dos períodos de trabajo.

Primer período

Se planteó la excavación con una serie de cuadrículas rectangulares de 5 x 2,5 m, tratando de cubrir la esquina SO del sitio, ya que se suponía que se trataba de un sector de galerías techadas. Así, las cuadrículas conformaron una L, cuya parte más corta –ubicada contra el muro este– se superponía a la cuadrícula excavada la vez anterior (Figura 2a). En la excavación anterior, sólo en un sector –SO de la cuadrícula MF– se había alcanzado el techo carbonizado –justo donde aparecieron las vasijas anteriormente mencionadas–. En el resto de la cuadrícula MF y Sector O de la cuadrícula A, no se había llegado aún al techo, habiéndose levantado los derrumbes del muro E –de columna y tapia– y parte del derrumbe del muro sur, –también formado por columnas de piedras y tapia–. Una vez establecidas las cuadrículas, comenzamos a excavar siguiendo los principios del método estratigráfico. Durante este primer período de excavación se definieron 10 unidades estratigráficas (Figura 2b): seis unidades corresponden a derrumbes de muro y a rellenos –por acarreo eólico y fluvial– posteriores a los derrumbes. Dos corresponden al derrumbe del techo incendiado: la unidad UE7 se definió como la torta del techo y la unidad UE8, como la mezcla de la paja, enramada y los troncos que lo conformaban.

La unidad UE9 corresponde a un lavado de un muro de tapia y la última, UE10, a un piso consolidado. Durante este período no se terminó de excavar UE8 ni se pudieron definir completamente los límites de UE10. Durante la excavación de UE8, comienzan a aparecer ciertos hallazgos –una vasija cerámica globular, una pipa, una pelvis de camélido, placas de mica, entre otros objetos (Figura 3)–, que estaban apoyando en una superficie muy consolidada, posteriormente definida como UE10. En ese momento, UE10 fue interpretada como un piso consolidado sobre el cual se habría derrumbado el techo. Los troncos y ramas que formaban parte de éste se encontraban aplastando a los objetos que apoyaban en UE10. Hasta ese momento, estos hallazgos no nos generaban ningún interrogante sobre el lugar que debían ocupar en la estratigrafía; de hecho, siguiendo los principios de estratigrafía arqueológica, fueron asociados al estrato donde apoyaban, es decir, al piso consolidado UE10. Al final de este período, y en virtud de observar que los troncos del techo quemado se extendían hacia el norte, sobrepasando el límite de la excavación, se decidió ampliar ésta hacia esa dirección, a fin de destapar completamente los troncos carbonizados del techo.

Segundo período

Se concretó unos meses más tarde. Con el objetivo de excavar todos los troncos del techo carbonizado UE8, se definieron dos cuadrículas más –cuadrículas E y D– de 4 m x 2,10 m, con lo cual la excavación pasó a tener una superficie de 46 m² (Figura 2a). Es durante este segundo período cuando comienzan a surgir ciertas dudas e interrogantes, particularmente en relación con los hallazgos del período anterior que fueron incluidos en UE10.

Durante este segundo período de excavación se definieron 46 unidades estratigráficas más, algunas de ellas equivalentes con las identificadas en el período anterior (Figura 4). Aparecieron más estratos de relleno y derrumbes de muro de tapia y columna, mientras que lo que se había comenzado a definir en el período anterior como UE10 se extendió al resto de la superficie excavada (Figura 5). Sobre ésta, apoyaba en toda su superficie UE8 (troncos carbonizados, enramada y paja), que no conformaba, como se hubiera supuesto, el

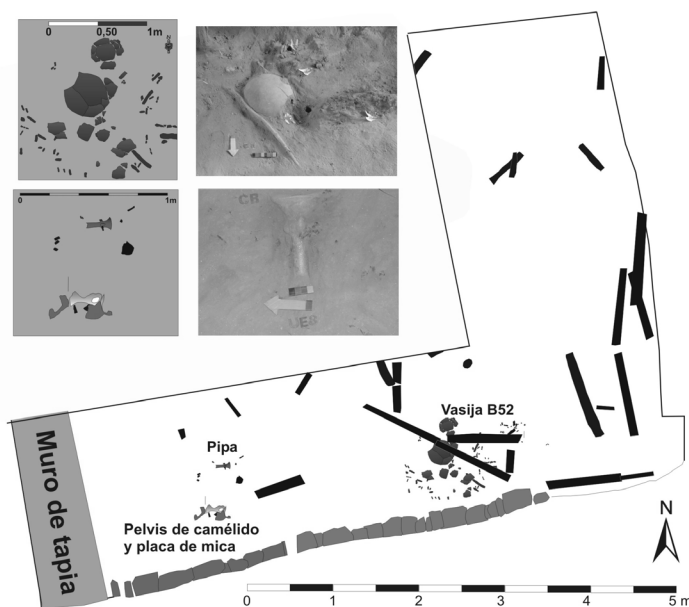


Figura 3. Planta de excavación vinculada con [10] -primer período-.

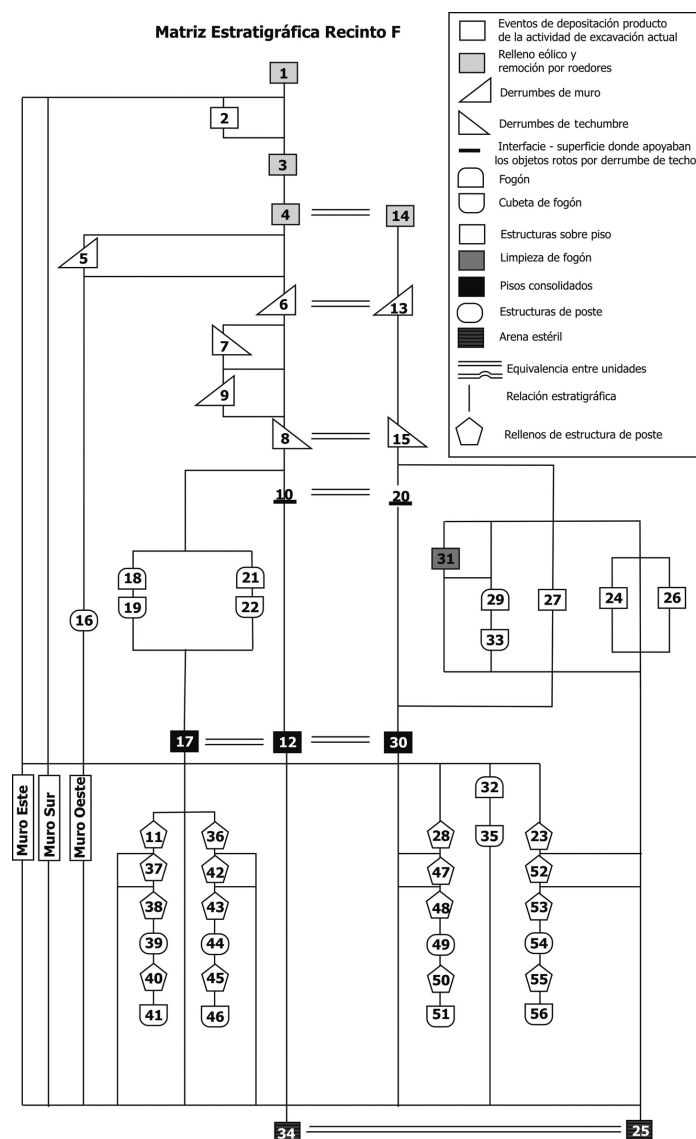


Figura 4. Matriz estratigráfica de la excavación del segundo período.

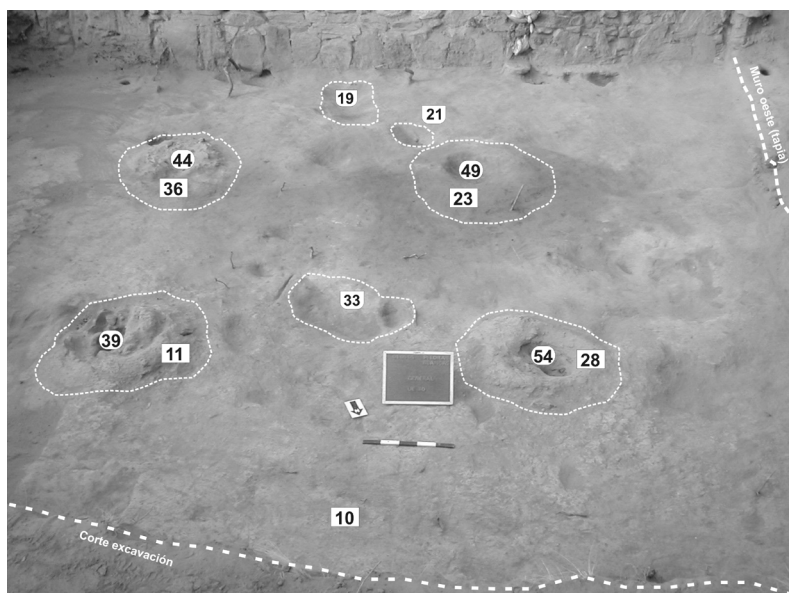


Figura 5. Fotografía que muestra la extensión de [10] por todo el recinto.

techo incendiado y derrumbado de una galería, sino la techumbre incendiada y derrumbada de un recinto cerrado. Esto quedó aún más claro cuando se hallaron cuatro estructuras de sostén de poste en el centro del recinto con los postes carbonizados en su interior (Figura 5: UE39, UE44, UE49 y UE54).

La identificación de los derrumbes de muro de tapia y columna en toda la superficie excavada –los que presentaron escasas inclusiones culturales–, la extensión por debajo de estos en todo el recinto de UE8 y UE10, así como la definición de la superficie estéril UE35, permitieron determinar a posteriori que se trataba de una sola ocupación y que las primeras observaciones que habían presentado la duda sobre la presencia de un segundo evento de ocupación se debieron a lo restringido del espacio excavado⁴.

Además de los derrumbes de muro, las estructuras de poste, el techo y el piso, se definieron una serie de estratos y elementos interfaciales verticales que se clasificaron como fogones de pequeño tamaño repartidos por distintos lugares de la habitación (Figura 6: UE18, UE22 y UE29).

Las cubetas de los fogones UE19, UE22 y UE33 (elementos interfaciales verti-

cales) se excavaron desde UE10, y se halló también un estrato horizontal –UE31– apoyando en el relleno de una de las cubetas de fogón –UE33–, que fue definido como limpieza del fogón. A su vez, apoyando sobre UE10, se halló una estructura de piedra que contenía en su interior tres vasijas –rotas por el derrumbe del techo– que se definió como UE27 (Figura 6). También apoyando sobre UE10 se identificaron dos estratos horizontales más, UE24 y UE26 (Figura 6). Ambos estaban conformados por dos vasijas que fueron rotas por el derrumbe del techo, y sus contenidos esparcidos alrededor de ellas. Estos estratos apoyaban en UE10, pero también apoyaban en otro estrato UE25 que, una vez extraídos

UE24, UE26 y UE10, se observó que conformaba la superficie natural desde la cual se construyó el recinto y sobre la cual se depositó UE10. En esta zona, el techo derrumbado apoyaba directamente sobre UE25, no pudiéndose hallar UE10.

En este segundo período se encontraron también otros objetos apoyando en UE10 que estaban aplastados por el derrumbe del techo UE8: una vasija roja de pequeñas dimensiones, totalmente fragmentada, pero posible de ser remontada completamente (Figura 6 –

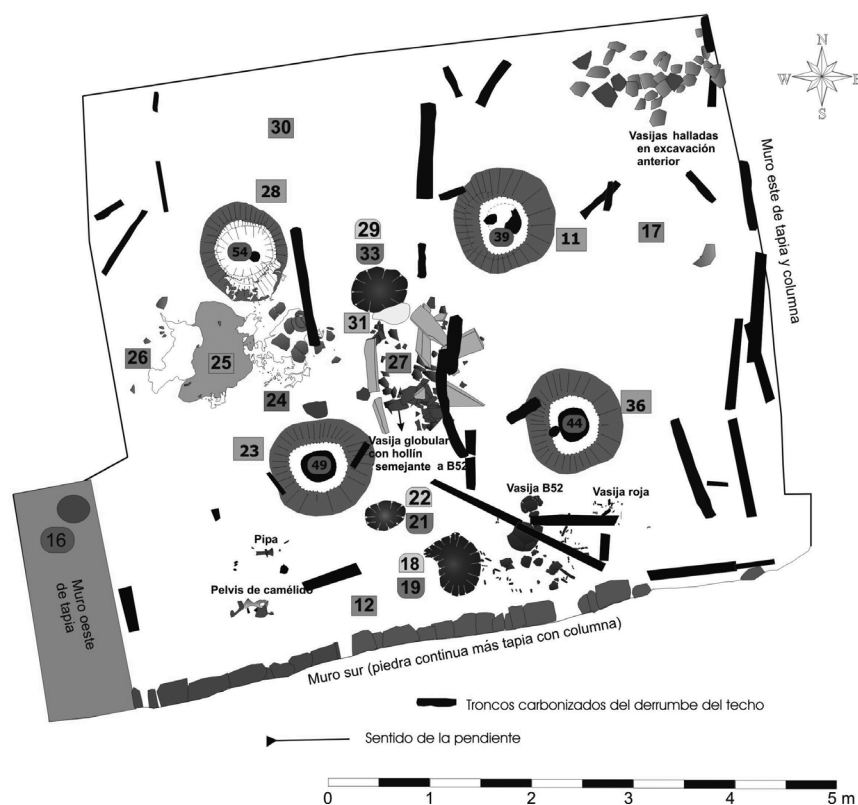


Figura 6. Planta de excavación de [10] -segundo período-.

vasija roja–), un puco de color negro gris grabado, una segunda pipa rota, dos cucharas de madera fragmentadas, etc. Son estos hallazgos aplastados por el techo y apoyando en UE10 los que nos empiezan a marcar una duda, que era referida de esta manera en nuestra libreta de campo: “25-04-05 [...] se terminó de extraer la enramada [...] Una vez terminada la tarea se relevó la superficie que quedó expuesta. Esta conformaría el lugar donde estaban apoyando las cosas halladas (vasijas y pipas) que denominamos 10 [UE10]. Esta superficie podría conformar el piso donde se pisaba”. Al otro día señalábamos “26-04-05 [...] se empezó a excavar 10. Al sacar la primera extracción se observan hallazgos no horizontales de pequeño tamaño que no remontan entre sí, y los que, a diferencia de los otros hallazgos, no presentan huellas de carbonización en su superficie. Lo que podría indicar que conforman parte de otro estrato [...]”.

En ese momento, una serie de interrogantes comenzaron a cuestionar aquellos primeros supuestos: ¿a qué estrato debían asociarse los objetos que habían sido aplastados por el derrumbe del techo y que se hallaban apoyando en UE10?

Si seguíamos los lineamientos de la excavación por unidades estratigráficas, los objetos debían ser asociados al estrato donde apoyaban, es decir, UE10. Ahora, si considerábamos como “inclusiones” de UE10 tanto a los objetos que apoyaban en su superficie como a aquellos que comenzaron a aparecer al empezar a excavar dicho estrato, nos surgían otros interrogantes: ¿no estaríamos creando relaciones significativas entre objetos que a lo mejor no las tenían?, ¿no estaríamos perdiendo otras relaciones, quizás más significativas, que hubieran tenido estos objetos con, por ejemplo, la estructura de piedra UE27 y las vasijas contenidas en ella, o con los fogones (UE18, UE21 y UE29) que aparecieron sobre UE10, o con UE24 y UE26 antes de que las vasijas se rompieran y el contenido se esparciera?

LOS OBJETOS Y LAS UNIDADES ESTRATIGRÁFICAS

Como ya mencionamos, Harris (1991) señala que “el análisis de los restos aparecidos en una excavación debe basarse en la secuencia estratigráfica del Yacimiento, ya que ésta muestra la posición relativa en la que fueron hallados. La secuencia estratigráfica se forma sin referencia alguna al material que contendrá, por ello, los análisis artefactuales no pueden cambiar las relaciones estratigráficas halladas en las secuencias” (Harris 1991: 165-166). Por otro lado, señala que el hecho de que los objetos incluidos en un estrato puedan clasificarse en *originales* –contemporáneos de la formación del estrato–, *infiltrados* –posteriores a la formación del estrato– o *residuales* –manufacturados

en una época anterior a la formación del estrato– esto no afecta al registro de los artefactos.

[...] el principal método para documentar el punto exacto del hallazgo de los artefactos es el registro tridimensional, de esta forma el punto del hallazgo se fija en el espacio y se emplaza en una secuencia de tiempo relativo a través del método estratigráfico, que lo remite al estrato en el que fue hallado. La asignación del número de estrato a todos los hallazgos ha de ser axiomático, ya que así también se fijan los objetos en el espacio, que viene dado por los límites del depósito (Harris 1991: 170).

Según los planteos anteriores, el objeto, en la propuesta de Harris, adquiere identidad: por un lado, por características intrínsecas que lo definen como un objeto de determinada época, y por el otro, en el interior de la secuencia, por su inclusión dentro de un estrato, el que le otorga una ubicación en la matriz y un tiempo secuencial relativo.

Nosotros, por otro lado, redefinimos a la unidad estratigráfica como representativa de determinadas prácticas sociales, las que nos proporcionarían un marco para acceder –conjuntamente con otros tipos de análisis de los objetos– a los significados sociales que estos tuvieron en un momento determinado de su historia. De esta forma, los artefactos como inclusiones de una unidad estratigráfica adquieren significado temporal y de sentido en función de su inclusión dentro de una unidad que, si bien no es completamente cerrada, conforma, por lo menos en la instancia analítica e interpretativa, una unidad con ciertos límites. En otras palabras, las inclusiones conforman con ella una especie de pequeño mundo cerrado de significación, y quedan fuera de él las relaciones que estos objetos pudieron haber mantenido con otros objetos –con los cuales no tenían relaciones estratigráficas significativas– durante un momento determinado de su historia. Esto nos lleva de nuevo a los interrogantes con que finalizamos el acápite anterior. Si tomábamos a los objetos que apoyaban en UE10 como inclusiones de éste, perdían, en cierta forma, las relaciones que pudieran haber mantenido con otros objetos (como por ejemplo los de UE27, UE24, UE26) en un momento determinado de su historia. Estas relaciones trascienden las relaciones estratigráficas de superposición o subyacencia, en tanto todos formaban parte de un escenario significativo, donde se desarrollaba la vida cotidiana de los que vivían en este sitio del Valle de Ambato. ¿Cuál es este escenario?

LOS OBJETOS Y LAS INTERFACIES

En el campo, como se lee en la libreta, tomamos la siguiente decisión respecto del dilema que se nos

presentaba: “Se decidió separar estos hallazgos (los que surgieron al comenzar a excavar UE10) poniéndolos como inclusión de otro estrato UE12. La unidad UE10 pasó a conformar la superficie de apoyo de aquellos materiales (vasijas, ollitas, pipas, etc.) que fueron aplastados por el techo.”

Así, UE12 pasó a conformar el piso consolidado, es decir, el lugar que le había sido otorgado a UE10. Este hecho nos hizo reflexionar sobre el rol de una de las categorías analíticas que Harris propone para comprender mejor la dinámica de formación de los depósitos estratificados: las interfaces. Esta categoría nos permitió abrir la posibilidad de observar relaciones entre unidades estratigráficas que en la matriz no poseen relaciones estratigráficas directas, y también establecer relaciones entre unidades y objetos, más allá de considerar a estos últimos como inclusiones de aquellas.

Harris define a las interfaces como la superficie de las unidades estratigráficas, y como uno de los elementos más importantes que permiten identificarlas, ya que conforman aquello que permite dividir la tierra en dos. Así pueden diferenciarse dos acciones o conjuntos de acciones y establecer las relaciones estratigráficas correspondientes. Las interfaces se clasifican como elementos interfaciales –horizontales o verticales– si son de destrucción de un depósito, o interfaces de estrato –horizontales y verticales– si son producto de la depositación. Las interfaces de estrato horizontal son las superficies de estratos que se han creado o depositado más o menos horizontalmente, y que tienen una extensión igual a la del estrato. Las interfaces de estratos verticales forman la superficie de un estrato vertical, generalmente un muro. Cuando un grupo de estas interfaces conforman una gran superficie, se habla de interfaz de período.

En función de lo anterior, hasta el momento, UE10 conformaría la interfaz de estrato de UE12 que, junto con las interfaces de estrato de UE27, UE26, UE24, UE25, UE18, UE21, UE31, UE29, constituirían una interfaz de período. Pero esto hace que nos volvamos a preguntar ¿a qué unidad asociamos los objetos que están apoyando en el piso UE12?

Según Harris, las interfaces de períodos son el equivalente a la suma de las interfaces de estratos horizontales y verticales que conformaron niveles de uso coetáneos (Harris 1991: 100), por lo que a las interfaces de estrato que ya mencionamos debemos agre-

gar las interfaces de estrato vertical de los muros sur, este y oeste. Pero además, nos queda por sumar otra interfaz de estrato que completa la interfaz de período mencionada y que redefine UE10: la interfaz de estrato formada por la superficie del techo UE8 que se derrumbó y aplastó los objetos. Esta interfaz de estrato, al estar aplastando a: 1) los objetos que apoyaban en UE10; 2) los objetos contenidos por UE27 que apoyan en UE10; 3) a UE24; 4) a UE26, nos vincula no sólo la totalidad de las otras interfaces, sino que además nos determina un momento específico de uso coetáneo (Figura 7). Probablemente, algunos de los objetos que apoyan en UE10 (como la pipa, las placas de mica y un conjunto de cuentas de collar) se hallaran insertos entre la enramada al momento de derrumbarse el techo. Por lo que UE10 no sólo sería la superficie donde apoyaban los objetos aplastados por el techo, sino que conformaría un espacio liminar en donde los objetos hallados apoyando en el piso UE12, las cosas insertas en el techo, los fogones UE18, UE21,

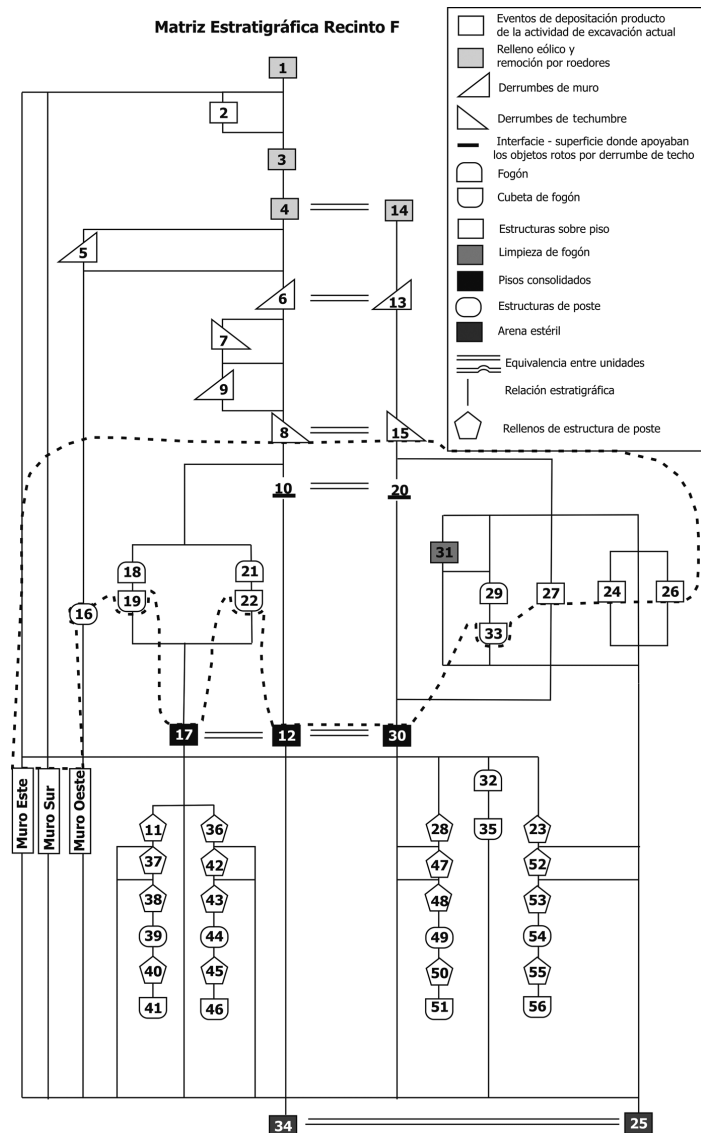


Figura 7. Matriz estratigráfica reinterpretada. Con línea de puntos se indica la interfaz de período.

UE29, las vasijas con sus rellenos, la estructura de piedra UE27 con sus vasijas, compartirían relaciones en un espacio significativo condensador de múltiples relaciones, además de las estratigráficas. ¿Cuáles serían esas relaciones?

LAS INTERFACIES Y OTRAS RELACIONES

A UE10 lo hemos definido como una interfaz de período. En este sentido, UE10 nos marca un tiempo y un espacio de uso común. La duración del segmento de tiempo de la interfaz de período es difícil de determinar, pero en nuestro caso tenemos herramientas que nos permiten definir, no cuánto duró el período de tiempo de uso en común de ese espacio, sino un evento específico de ese tiempo, marcado por una unidad estratigráfica y su interfaz: el derrumbe del techo.

El evento de incendio y caída del techo y sus consecuencias –la rotura, tanto de los objetos insertos en la enramada como de los que apoyaban en el piso de la habitación, así como la estructura de contención de vasijas– nos sitúa en un momento de corta duración, quizás un día o unas horas en las vidas de los que vivieron en dicha habitación.

No sabemos el tiempo en el que los objetos dispuestos entre la enramada, apoyados en el piso o almacenados en la estructura de piedra fueron ocupando, cada uno, el lugar que poseían antes de derrumbarse el techo, pero lo que sí podemos saber es que todos ellos se hallaban presentes en un momento determinado, aquel previo al incendio y derrumbe del techo. En este sentido, cobra relevancia la separación de los objetos aplastados por el techo, de aquellos que se hallan incluidos en UE12.

A UE12 lo definimos como un piso, los que en general se asocian con acciones tales como barrido, pisoteo, extracción e inclusión de material (D'Amore 2002; Haber 2006). Por lo que los pisos de tierra, a pesar de que presenten un alto grado de consolidación, no son unidades totalmente impermeables, y pueden contener inclusiones producto de las acciones descritas anteriormente⁵. En ese sentido, las inclusiones de UE12 representarían una parte de todas las acciones llevadas a cabo en el lugar, por lo que si hubiéramos puesto como inclusión de la UE12 tanto a los objetos que apoyaban en él, antes de derrumbarse el techo, como los que se habrían hallado insertos en la enramada del techo, habríamos perdido la posibilidad de vincular estos con otras unidades y objetos con los que mantenían relaciones significativas en tanto formaban parte de la geografía de la casa en un “día” determinado: tal como el caso de la vasija B52 (Figura 6) –de forma subglobular, con huellas de carbonización en su superficie– que se hallaba al lado del fogón UE18,

y una de las vasijas almacenadas en UE27 –perteneciente a la misma clase tecnológica “E” (Fabra 2008) y forma que la B52– que presentaba, también, huellas de hollín en su superficie, lo cual evidencia su colocación sobre el fuego. Ambas vasijas mantenían relaciones que trascendían a las estratigráficas. Incluso, pensemos en la vinculación entre el fogón UE18 y B52, mucho más significativa que la relación que tendría B52 con las inclusiones de UE12. Esto no quiere decir que las inclusiones del piso UE12 no formasen parte de esta geografía, pero el piso y sus inclusiones, a diferencia de UE10, nos remiten a un tiempo más prolongado, en el que se condensa parte de la historia ocurrida en el lugar.

Si comparamos el número de inclusiones registradas en UE12 con el número de inclusiones registradas en UE10, observamos una gran discordancia entre la cantidad y variedad de objetos utilizados diariamente, y lo que quedó de ellos como inclusión del piso UE12 (del total de inclusiones registradas en la excavación, el 65,61% corresponde a UE10 y sólo el 17% a UE12). Este hecho nos informa de una práctica de limpieza continua del piso de la habitación y de la extracción de las cosas rotas fuera de ella, por lo que las prácticas de limpieza están también demarcando esa geografía cotidiana, y a su vez, produce que los objetos que apoyaban en la interfaz de UE12, aplastados por el techo, y los fragmentos incluidos en UE12, es decir, aquellos que las limpiezas del piso no lograron barrer, se vinculen en otro plano. Los últimos son representantes de objetos que estructuraron otras geografías cotidianas sucedidas en la habitación, y que, al incorporarse a esta otra geografía –UE10– como inclusión del piso, expresan un proceso de más larga duración. Este hecho, a su vez, nos abre la posibilidad de relacionar este lugar con otro ámbito del sitio, vinculado a una temporalidad más larga que la que nos está marcando la geografía cotidiana de UE10, en tanto posiblemente la esté fijando más allá de la contingencia en la cual lo cotidiano se produce y reproduce. Nos referimos al montículo que forma parte del sitio donde se halla la habitación (Figura 1), cuya relación con ésta se hallaría mediada por las prácticas de limpieza de los pisos de la habitación.

ENTRE LO CONTINGENTE Y LO ESTRUCTURAL: LAS INTERFACIES COMO *LIMEN*

Los “desechos” extraídos mediante las limpiezas cotidianas realizadas en la habitación habrían sido arrojados –depositados– en el montículo. Esta estructura alcanza una altura de unos 2 m, es de forma ovalada, y tiene un largo de aproximadamente 25 m por unos 15 m de ancho. Si bien en dicha estructura no se han realizado excavaciones siguiendo los principios de estratigrafía propuestos por Harris, por

lo que no poseemos una secuencia estratigráfica en formato de matriz, se realizaron sondeos y trincheras que nos permiten aproximarnos a la historia de su formación mediante el análisis de las secciones de estas intervenciones.

La Figura 8 muestra el dibujo del perfil sur de una trinchera realizada al montículo en sentido E-O (ver zona de excavación montículo en Figura 1). En este perfil se puede observar la superposición estratigráfica de diferentes estratos, por lo menos, unas 22 unidades estratigráficas. La disposición de dichas unidades presenta un buzamiento hacia el E (Figura 8), lo que nos está indicando el sentido de la pendiente de la superficie donde se depositó cada una de ellas.

Las 22 unidades son indicativas de una variedad de acciones que le fueron dando a este lugar la forma de una estructura monticular. Algunas de ellas poseen mayor volumen de sedimento que otras. Las unidades UE2, UE4, UE19, UE18, UE15, UE20 y UE14 son de mayor volumen, mientras que los depósitos de ceniza y carbón UE21, UE5, UE6, UE7, UE8, UE9, UE3, UE13 y UE16, y el sedimento compacto UE11 poseen un volumen de sedimento menor. En la matriz estratigráfica construida de esta sección, se pueden apreciar las relaciones estratigráficas entre las distintas unidades. Estas

relaciones, al indicarnos una cronología relativa de su depositación, nos permiten observar la recurrencia de algunas acciones en la formación del montículo, tales como la depositación de sedimento ceniciento y carbonoso, como la depositación de sedimento con fragmentos de muro de tapia derrumbado. Estos depósitos pueden vincularse con lo registrado en la habitación, como por ejemplo, la unidad estratigráfica UE31, que conforma los restos de una de las limpiezas del fogón UE29, o los fragmentos de muro de tapia derrumbados hallados mientras se extraía el derrumbe del techo, semejantes a aquellos hallados en distintas unidades estratigráficas del montículo.

Las inclusiones que contienen los diferentes estratos que componen el montículo son representativas de gran parte de las cosas usadas en el sitio: restos de animales consumidos –en su mayoría, de camélidos–, fragmentos de huesos humanos –que suelen aparecer como inclusión de los pisos–, pigmentos, semillas, instrumentos líticos –específicamente de cuarzo–, fragmentos de vasijas cerámicas, fragmentos de pipas, fragmentos de platos y demás objetos elaborados sobre cerámica, fragmentos de objetos de metal, e incluso pequeños lingotes de cobre arsenical, etc. Sumado a esto, la temporalidad del uso de esta estructura es contemporánea con la del sitio.

Esta estructura posee una temporalidad larga de conformación. Dos fechados radiocarbónicos provenientes del montículo (Marconetto 2008): el más antiguo 1340 ± 40 AP (LP-1090, carbón disperso) y el más tardío 1040 ± 50 AP (LP-1105, carbón disperso), nos indican, en años radiocarbónicos, unos 300 años de diferencia. Si los comparamos con las fechas que provienen de otras habitaciones del sitio donde la más antigua es de 1370 ± 70 AP (LP-1223, carbón de fogón) y la más tardía es de 920 ± 70 AP (LP-SIN, rama carbonizada) –proveniente de la habitación de la que damos cuenta en este trabajo–, estas fechas nos permiten correlacionar el tiempo de uso del montículo con el tiempo de uso de las habitaciones. Al montículo, entonces, habrían ido a parar gran parte de las cosas que eran extraídas de la habitación. Así, las prácticas de limpieza de los pisos se conforman como prácticas que median entre los objetos que se hallan estructurando la geografía de la habitación en un día determinado y aquellos objetos, que, en parte, quedaron incorporados como inclusión de UE12, representantes de otras geografías cotidianas y que en

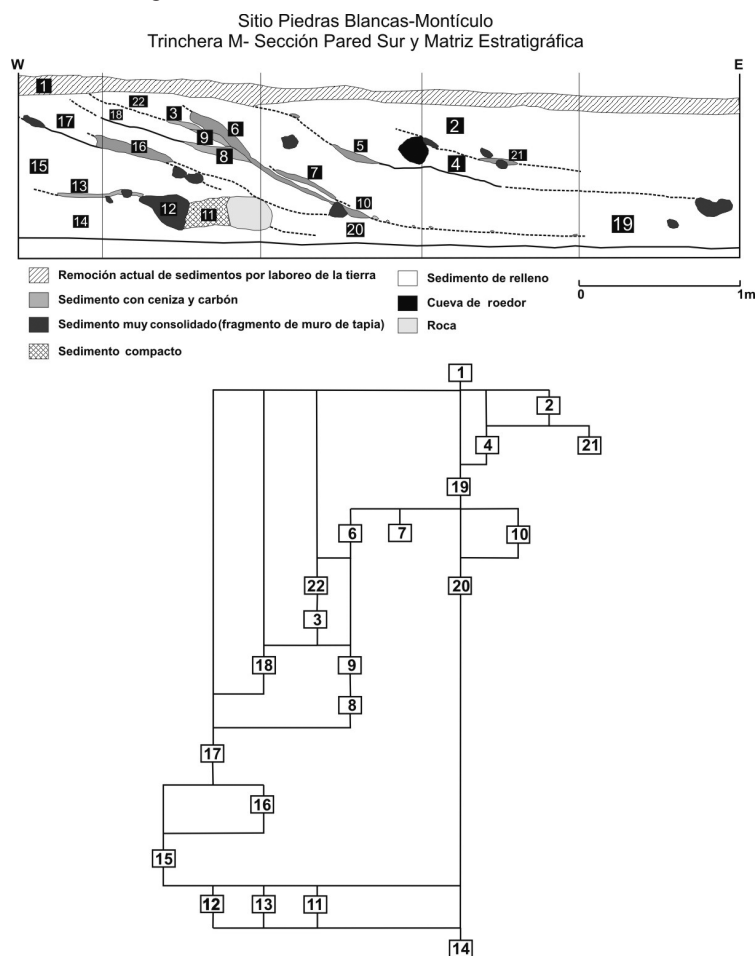


Figura 8. Dibujo de sección sur de la trinchera M del montículo del sitio Piedras Blancas y matriz estratigráfica reconstruida.

parte fueron incorporados al montículo, comenzando a participar de esta manera de una temporalidad mucho más larga, la de formación del montículo, de por lo menos 300 años.

Planteamos entonces que UE10, como interfaz de período, es más que la suma de las interfaces de estratos verticales y horizontales, y de elementos interfaciales verticales u horizontales. En UE10 participan los objetos, los que, junto con las interfaces, se hallan estructurando una geografía específica, en la que confluyen temporalidades y espacialidades distintas, entre ellas las relaciones estratigráficas.

REFLEXIONES FINALES

El interrogante con el cual iniciamos este artículo fue ¿cuál es el lugar de los objetos en la teoría estratigráfica de E. C. Harris? A lo largo del trabajo hemos observado el lugar más bien marginal que ocuparon dichos objetos en la interpretación estratigráfica de este autor. A través de nuestro caso de análisis pudimos mostrar que, además de considerar, como lo señala Harris (1991), la participación de los objetos como inclusiones de las unidades estratigráficas, como “hitos” cronológicos que permiten fechar una unidad, o categorizarlos como *originales*, *infiltradas* o *residuales*, debemos tener en cuenta la posibilidad de su participación activa como estructurante de los espacios liminares definidos por el autor como interfaces de período. En estos espacios, los objetos aún no se hallan incluidos dentro de una unidad estratigráfica específica, sino que forman parte de esa aparente “superficie” donde se desarrollan las prácticas sociales, esa geografía espacio-temporal que se halla indisolublemente relacionada y constituida por la secuencia estratigráfica. En este sentido, estamos ante la dimensión realizativa que señalara Haber (1996) y que retomáramos al inicio del trabajo para vincular unidad estratigráfica y práctica social. Es a través de la ejecución coreográfica de las prácticas de limpieza que los objetos utilizados cotidianamente en la habitación transcurren y se desplazan desde un espacio-tiempo contingente donde se desarrolla la vida social, el de las interfaces, hacia un espacio tiempo estructural, al tiempo de la larga duración, es decir, al montículo. En este sentido, las interfaces son espacios liminares donde acción y estructura dialogan fluidamente.

La lectura crítica de la propuesta de Harris nos permitió incluir a los objetos como partes fundamentales de la definición de las interfaces e interfaces de período. Nos abrió la posibilidad de aprehender espacios significativos que trascienden tanto las relaciones estratigráficas de subyacencia o suprayacencia, así como las relaciones que un conjunto de inclusiones mantienen entre sí por formar parte del mismo

depósito. Esto nos permitió acceder a otra variedad de relaciones posibles de establecer, tales como las que se dan entre objetos y unidades estratigráficas que no habrían podido considerarse en tanto dichos objetos no formaban parte de ellas, o entre distintos objetos pertenecientes a distintas unidades estratigráficas, e incluso entre objetos, unidades estratigráficas y otros espacios.

Para finalizar este trabajo, nos queda puntualizar un aspecto más que deriva del análisis aquí realizado, vinculado a discutir las relaciones que se producen entre teoría y práctica en una excavación arqueológica. La excavación es un proceso de continua toma de decisiones, ya que siempre se presenta el dilema de dónde separar y dónde no. Porque, en sí, el proceso de excavación es siempre un proceso de clasificación y de interpretación (D'Amore 2007; Haber 1996; Hodder 1997, 2000, 2007). Esta concepción de la excavación nos aleja un tanto de la propuesta más objetivista o fiscalista de Harris sobre la reconstrucción de la secuencia estratigráfica (Haber 1996) y nos acerca a una metodología reflexiva de la excavación (Hodder 1997, 2000, 2007), en la cual descripción e interpretación no permanezcan separadas.

En este trabajo, con el objetivo de hacer visible, des-ocultar, el juego dinámico, tenso, conflictivo, muchas veces confuso en el que se toman las decisiones durante el proceso de excavación, nos situamos en el momento y lugar donde fueron tomadas: en la excavación de una habitación. Es en ese momento de la excavación en que el excavador se encuentra ante la necesidad de tomar decisiones respecto de dónde cortar y dónde no, qué cosas unir y qué cosas separar. Es justo en ese instante en el que una actitud reflexiva cobra relevancia fundamental. En ese momento, teoría y práctica se interpelan mutuamente; es cuando ambas, como dimensiones diferentes del proceso de investigación, diluyen sus fronteras, se mezclan, y por momentos desaparecen. Como lo ha expresado bellamente Carandini (1997: 18): “En este vaivén entre divisible e indivisible el arqueólogo reconoce su tormento [...] ¿Los estratos existen y el excavador los reconoce con mayor o menor exactitud, o es el excavador quien inventa sus estratos? Quizás sean ciertos ambos puntos de vista. La virtud está en el punto medio y en este la unidad estratigráfica”.

Agradecimientos

Agradezco especialmente a Andrés Laguens, quien dirigió mi tesis doctoral. Este trabajo se inserta en la investigación metodológica desarrollada para su elaboración. A Pepe Pérez, por las ricas discusiones sobre Ambato y la excavación. A mis compañeros de laboratorio en el museo de Antropología, con quienes he

compartido los trabajos de campo señalados: Francisco Pazarelli, Bernarda Marconetto, Susana Assandri, Sofía Juez, José Siles, Pepe Hierling, Germán Figueroa, Mariana Dantas, Gisela Vargas, Rita Bargas, Verónica Mors, Claudina Gonzáles, Guillermina Espósito, Andrés Barale, Silvia Burgos y Henrik Lindskoug. A su vez, éste último me ayudo con la traducción del resumen. Por otro lado, agradezco los comentarios críticos sobre diferentes aspectos del manuscrito a Leandro D'Amore. Asimismo, los evaluadores anónimos enriquecieron con sus comentarios varios aspectos del manuscrito. Los trabajos fueron financiados por FONCYT. Durante los trabajos de campo y análisis de laboratorio gocé de una beca de posgrado FONCYT y CONICET.

REFERENCIAS CITADAS

- Bourdieu, P.
1977 [1972] *Outline of a Theory of Practice*. Traducido por R. Nice. Cambridge University Press, Cambridge.
1988 [1987] *Cosas dichas*. Traducido por M. Mizraji. Gedisa, Barcelona.
- Carandini, A.
1997 *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Traducido por X. Dupré Raventós. Crítica, Barcelona.
- D'Amore, L.
2002 *Secuencia de Estratigrafía Arqueológica y Prácticas Sociales. Historia de una Unidad Doméstica del Oasis de Tebenquiche Chico*. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
2007 *Narrar las prácticas del pasado: el potencial de la estratigrafía arqueológica como representativa de prácticas sociales*. *Intersecciones en Antropología* 8: 101-119.
- Fabra, M.
2008 *Producción tecnológica y cambio social en sociedades agrícolas prehispánicas (Valle de Ambato, Catamarca)*. BAR International Series S1723, Archaeopress, Oxford.
- Gastaldi, M. R.
2007 *Tecnología y sociedad: biografía e historia social de Las Palas del Oasis de Tebenquiche Chico*. BAR International Series 1670. Archaeopress, Oxford.
2010 *Cultura Material, Construcción de Identidades y Transformaciones Sociales en el Valle de Ambato durante el Primer Milenio d. C.* Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Giddens, A.
1995 *La constitución de la sociedad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Haber, A. F.
1996 *La estratigrafía y la construcción del tiempo en arqueología. Comentarios sobre la teoría de Harris*. *Shincal* 5: 27-34.
2006 *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C.* Universidad del Cauca/ Jorge Sarmiento, Córdoba.
- Harris, E. C.
1991 [1989] *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Traducido por E. Junyent. Crítica, Barcelona.
- Harris, E. C., M. R. Brown III y G. J. Brown
1993 *Practices of Archaeological Stratigraphy*. Academic Press, Londres.
- Hodder, I.
1997 *Always momentary, fluid and flexible: towards a reflexive excavation methodology*. *Antiquity* 71 (273): 691-700.
2000 *Towards reflexive method in archaeology: the example at Catalhöyük*. BIAA Monographs 28, McDonald Institute Monographs, Cambridge.
2007 *Excavating Catalhöyük. South, north and KOPAL area report from the 1995-99 seasons*. BIAA Monographs 37, McDonald Institute Monographs, Cambridge.
- Marconetto, M. B.
2008 *Recursos Forestales y el Proceso de Diferenciación Social en Tiempos Prehispánicos en el Valle de Ambato, Catamarca*. BAR International Series, 1785. John and Erica Hedges Ltd., Oxford.
- Museum of London Archaeology Service
1994 *Archaeological Site Manual*. Museum of London Archaeology Service, Londres.
- Pérez Gollán, J. A., S. Assandri, M. Bonnin, M. Caro, P. Cruz, M. Fabra, J. Hierling, S. Juez, A. Laguens y M. A. Zaburlin
2000 *Proyecto Arqueológico Ambato: Excavaciones en el sitio Piedras Blancas, Valle de Ambato, Catamarca*. Presentado a la Dirección de Antropología de la Provincia de Catamarca. Copias disponibles en Dirección de Antropología de la Provincia de Catamarca, Argentina. MS.
- Roskams, S.
2003 *Teoría y Práctica de la Excavación*. Traducido por María Ruiz del Árbol. Crítica, Barcelona.

NOTAS

- 1.- Cuatro categorías de unidades estratigráficas son identificadas y ordenadas en la secuencia. Los estratos horizontales son aquellos que tienden, en diferentes grados, a la horizontalidad, como pueden ser los pisos de ocupación, los rellenos de pozos, los derrumbes o las depresiones. Los

estratos verticales hacen referencia exclusiva a acciones humanas de estratificación, que “[...] complican el modelo de estratificación arqueológica y su proceso de excavación e interpretación [...]” (Harris 1991: 77); tal es el caso de los muros. Las interfaces equivalen a las superficies espaciales totales de los estratos, y marcan el límite de su constitución, por lo que conforman un elemento de suma importancia a la hora de distinguir las distintas unidades estratigráficas (ver discusión más abajo). Los elementos interfaciales representan una acción negativa y destructiva de la estratificación. Los hay de dos clases: por un lado tenemos los elementos interfaciales horizontales que son generalmente invisibles, por el hecho de constituir, por ejemplo, una acción de limpieza de la ocupación anterior al momento de reocupar un recinto. Por otro lado, existen los elementos interfaciales verticales, que son aquellos cortes producidos por extracción y excavación de pozos y depresiones en el sedimento. Las interfaces de período indican un período de uso común de estratos, interfaces y elementos interfaciales, mientras que las interfaces de destrucción hacen referencia a aquellos niveles y áreas de destrucción de estratos sometidos a excavación y remoción. Para la identificación y excavación en el campo de las unidades estratigráficas seguimos los lineamientos del Museum of London Archaeology Service (MOLAS 1994), que, basándose en los principios estratigráficos de Harris (1991) desarrolló un modelo de registro para ellas.

2.- Definir a la unidad estratigráfica como acción nos acerca a las propuestas de Carandini (1997: 56), en tanto éste concibe a las unidades estratigráficas como las acciones mínimas identificables. Para este autor, actividad hace referencia a grupos de unidades estratigráficas, a acciones insistentes o a un grupo secuencial de acciones que tienen el mismo fin (Carandini 1997: 137).

3.- Véase nota 1.

4.- El hallazgo de fragmentos cerámicos grandes –debajo de UE8 y apoyando en UE10– que remontan con la vasija encontrada en el sector NE de la cuadrícula MF durante la primera excavación, objeto que planteó la duda sobre la existencia de dos ocupaciones, refuerza la observación de que no se trataba de otra ocupación posterior al derrumbe. La disposición de los fragmentos de la vasija fue producto de la forma en que en dicho espacio cayó el techo incendiado y rompió la vasija que se hallaba apoyando en el piso –UE10– contra la pared N. El impacto de las vigas carbonizadas del techo halladas en el lugar produjo el estallido de la vasija haciendo que sus trozos se distribuyeran sobre la superficie del piso así como en sectores ya derrumbados de la techumbre incendiada.

5.- En estas acciones deben considerarse procesos posdeposicionales que pueden modificar las relaciones espaciales (contracción, fisuras, hidratación etc.). También los procesos bioestratinómicos pueden intervenir en la migración de las inclusiones contenidas en el depósito. Debemos señalar que, si bien se identificaron ciertas alteraciones principalmente de cuevas de roedores (las que fueron mapeadas), éstas se presentaron principalmente en los estratos de derrumbe de muro de tapia, rara vez traspasándolos. A su vez, los límites entre las unidades estratigráficas identificadas fueron definidos como “netos” o “claros” *sensu* MOLAS (1994). En Gastaldi (2010) se presenta un análisis más profundo de los procesos posdeposicionales que pudieron haber influido en la formación de los depósitos excavados en esta habitación.

